

compartir

REVISTA DE LA FUNDACIÓN ESPRIU enero febrero marzo 2003 Número 49



MONOGRÁFICO

Recuerdo del doctor Espriu.
Vida y obra del fundador del cooperativismo sanitario

RELACIONES INTERNACIONALES

Conferencia juvenil de la Alianza Cooperativa Internacional en Lisboa

SALUD

Memoria sobre seda

Barcelona, 12 de diciembre del 2002
Querida Masako,

Es necesariamente lento, sencillo, muy cotidiano, el gesto de coser. En los días en que estuve por diferentes ciudades de México, después de pasar por tu casa, me fijé en que, efectivamente, las mujeres cosían o hacían punto a todas horas. Lo hacían sentadas en los escalones de una farmacia, ofreciendo a los transeúntes tomates, hileras de guindillas o de uvas, productos de su huerto, encima de un retal de ropa de llamativos colores. O cosían esperando a clientes en los mercados de artesanía. O incluso apoyadas en la pared, sentadas en el suelo, rodeadas de niños y hatos, mientras esperaban que llegara el colectivo. “Las mujeres mexicanas no se detienen nunca –me decías–, van creando permanentemente el tejido de la belleza.”

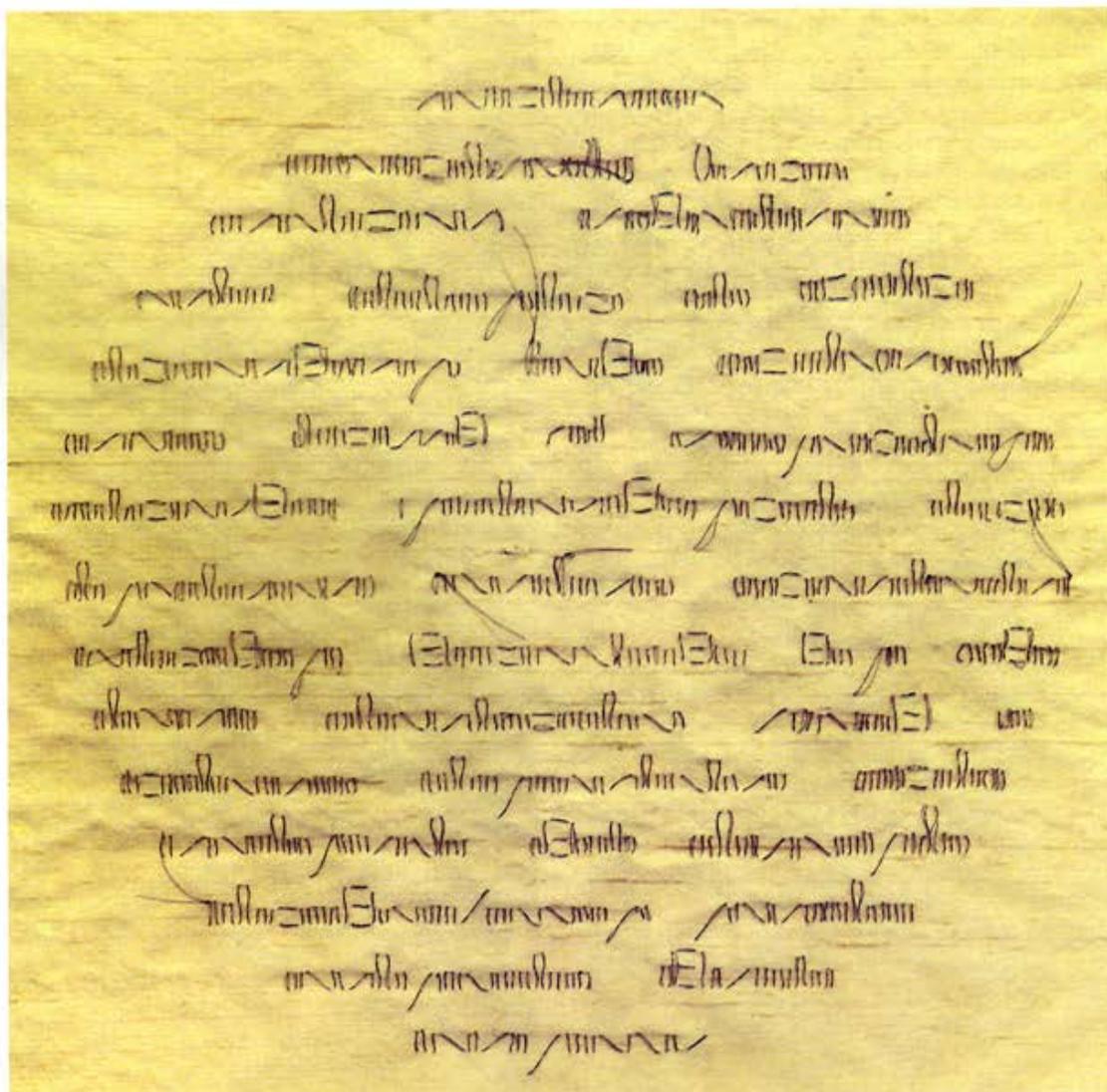
Yo no te escribiré cosiendo. Ni te escribiré con cabellos. No lo sabría hacer. Mis dedos a duras penas saben ensartar las palabras saltando arriba y abajo por las teclas mudas del ordenador. Ya hace años que sólo escribo a mano cuando estoy de viaje, y si ya me siento suficientemente lejos de las cartas manuscritas, imagínate hasta qué punto vivo alejado



del gesto de coger la aguja de coser y el hilo de la vida para ir bordando, una a una, cus y us, es y erres, is y des y as, querida Masako Takahashi, para escribirte y hablarte de lo que me dijeron tus letras –¡tan delicadas, tan frágiles, tan perdurables!

La otra noche, en tu casa, durante la fiesta que organizásteis con Tony, en un momento en que estaba agobiado con tantas voces y tantas caras nuevas, me deslicé por la galería hasta tu estudio y dejé que me fuera ganando el silencio de las paredes blancas. Encima del caballete había tu último cuadro –¿o quizá tengo que decir tu último texto? Intentaré describirlo exactamente: eran tres columnas de palabras extranjeras bordadas con cabello negro sobre seda dorada. Hojeé los catálogos de tus exposiciones, intenté imaginar la textura de la seda y el color de los cuadros vivos a partir de las fotografías, me perdí por tu alfabeto inventado, y todo ello, con sinceridad, me dejó bastante indiferente. No conseguía que callasen dentro de mí las voces de tantas conversaciones interrumpidas, y por ello volví a la fiesta. Pero al día siguiente, a primera hora de la mañana, al despertarme, todavía con los ojos cerrados, lo primero que vi fueron tus cuadros y las palabras ignotas que me habías cosido encima de la seda tensa de la memoria. La memoria indescifrable, a primera hora de la mañana, antes de recibir la luz solar, me despertó, y supe que me seguiría todo el día como un rastro de la noche, como la sombra cosida en cada uno de mis pasos. Me levanté de la cama como si me pusiera a andar por las frases de un alfabeto desconocido, saltando espacios y descansando de letra en letra, sentado en un carácter con forma de silla como quien se sentara en el regazo de una de.

Luego, al venir a hablar contigo de aquella memoria extranjera que me habías contagiado, la casa se me apareció, por contraste con la fiesta de la noche anterior, vacía y silenciosa. Ahora, cada detalle de tu arte me cautivaba. Que no te arrancaras nunca un cabello, por ejemplo, sino que los dejaras crecer, larguísimo, y recogieras solamente los que caían –arrastrados por el peine, o encontrados yacientes en el suelo. Como si cada palabra tuviera que esperar, madurando como una fruta en el huerto de tu melena, hasta que el propio peso o el golpe del viento la hacían caer. Y tampoco había imaginado que dejaras que cada palabra se adaptara exactamente a la medida de un solo cabello: de su longitud dependía el número de letras, las sílabas más



Yellow circle (detalle), 1999. Bordado, pelo sobre seda. 22 x 22.

largas o cortas según el bordado, la forma de la palabra. Días, semanas, meses de lentísimo crecimiento de cada cabello que iban determinando las futuras palabras: los acordes de los adjetivos, las conjugaciones verbales. Cabellos verbívoros. Cabellos monosilábicos, como la *luz* o la *sed*. Me quedé con el deseo de pedirte que recogieras uno de tus cabellos y lo enhebraras en la aguja para bordar una palabra para mí, ante mí..., pero ni te lo dije, porque bien sé que una parte del misterio de los cuadros es imaginar el



gesto del artista cuando los compone.

Sí, ya sé que tu bordas de derecha a izquierda, a contrapelo de mi sentido de la lectura... Y sé que, encima de la seda de kimonos japoneses, también has escrito verticalmente. Pero el lector, yo mismo, ante tus letras, va hacia donde quiere, escoge el sentido, o se deja llevar por la costumbre y a medio camino se da cuenta de que en tus textos ni esto es evidente: ¿hacia dónde leemos? ¿Hacia dónde leo? Me lo pregunté súbitamente aquella noche. Y más que la indefensión de haber perdido el norte, me sentí como un niño que aún

no ha aprendido a leer y mira el texto como un dibujo: una llanura escrita en versos paralelos donde las letras se juntan en rebaños o son bandadas de pájaros a punto de alzar el vuelo. El niño sabe que allí se esconde un cuento, una aventura, y de hecho ahora mismo irá a llamar a su padre para que se lo lea y haga viva la historia con la voz y los gestos, pero ahora se ha detenido, todavía espera un momento, y deja pasear la mirada por los signos, arriba y abajo por las frases y por el resplandor de la seda dorada en la interlínea, dejando que se le enrede la mirada por los finales de palabra —donde se escapan algunos cabellos rebeldes a la caligrafía que los quiere domar.

De entrada, como un niño, ante tus textos de cabellos, aquella noche de silencio blanco en que me refugiaba de la algarabía de las conversaciones, tuve que interrumpir la pretensión de leer. Por ello intenté escaparme de aquella situación volviendo a la fiesta. Por la incertidumbre. Por miedo a sentirme extranjero en una tierra tan extranjera que nadie es nativo de ella. Tenía que aceptar, de entrada, el más allá de las palabras, todo lo que una carta, un poema, un relato nos dicen más allá de lo que leemos. Pongamos que sea una carta como esta misma, que al ponerme a escribir quería hablarte de un amigo muerto hace dos meses, un amigo que me acogió como un abuelo y quiso compartir conmigo una parte de la aventura de sus últimos años: hasta el final, fue inocente sin ser nunca ingenuo, obraba rectamente sin vanagloriarse nunca de ello, y en su vejez se sentía fiel al generoso impulso de la juventud como si fuese el primer día. Pero una carta que no sabe cómo hablarte de él, a ti, tan lejana, que teme que no te lo sabré contar. Una carta que va dando vueltas y se interrumpe y se mantiene en silencio sin encontrar el camino, hasta que en el momento mismo que renuncia a escribir se da cuenta de que tú ya lo has dicho todo.

Es así: ahora veo cada vida como uno de tus bellos cuadros. La de mi amigo Espriu, la de cada una de aquellas mujeres que cosen por los mercados, por las calles y por los rincones de las casas de México. Y me pregunto: ¿quién sabría tensar la seda para el bordado? ¿Quién podría ensartar uno a uno los cabellos que dejó el rastro de una persona en tan distintos lugares? ¿Quién haría legible cada gesto, cada etapa, con palabras nuevas? ¿Quién crearía el alfabeto necesario para leer una vida única? ¿Qué bordador sería capaz de captarla de una ojeada, con



generosidad, de la cuna hasta el fuego? Sólo sé que una vez acabado, el cuadro sería esto: el rastro de una vida súbitamente captada entera, completa, ofrecida a quien la quiera descifrar en su belleza.

Como pasa con el gusano de seda, que va hilando con plena inocencia, ignorante del dorado luminoso de la seda que los hombres tejerán a partir de su trabajo, cada cabello cuenta. Cada gesto, cada mirada son palabras de un texto que rogamos que alguien sepa leer amorosamente. Tú me has permitido intuir aquella mirada capaz de descifrar la belleza en cada vida humana. La memoria ignota, inagotable, vivificante. Desde ella, querida Masako, te envió un fuerte abrazo. **CARLES TORNER**

